

NOSOTROS, LA GENTE COMPRADA

FREDERIK POHL

El 3 de marzo, el comprado que llevaba por nombre Wayne Golden tomó parte en las conversaciones de compra celebradas en Washington como representante de la raza dominante de la estrella Groombridge. Lo que llevaba para ofrecer era la licencia de las patentes que permitían fabricar un aparato capaz de transformar los productos de desecho provenientes de una planta nuclear en unidades energéticas. El producto en venta era bueno y el mercado sería favorable: dado que medio estado de Idaho yacía bajo los desechos radiactivos, los americanos estaban ansiosos por comprar y él estaba en condiciones de ofrecer créditos por cien millones de dólares.

Al día siguiente tomó el avión para España. Pudo dormir durante todo el viaje, extendido sobre dos asientos de primera clase del Concorde y sujetado por los cinturones de seguridad.

El día 5 de aquel mismo mes empleó parte del crédito para comprar quince telas al óleo de Picasso, la cinta de vídeo de un espectáculo flamenco y un clavicordio del siglo XV, dorado y de patas esculpidas a mano. Se preocupó que todo fuese cuidadosamente embalado y expedido a la ciudad de Orlando, en Florida, tras lo cual se enviaría a Cabo Kennedy para que iniciara un viaje a través del espacio que habría de durar más de doce mil años. Los groombridgianos no tenían prisa y pensaban con amplitud. El cohete Saturno V había costado once millones de dólares, pero eso poco importaba: en la balanza comercial, el crédito a favor de Groombridge era elevado.

El 15 de marzo, Golden regresó a los Estados Unidos, conectó con precisión dos vuelos en el aeropuerto Logan de Boston y llegó temprano a su casa de Chicago. Comenzaban para él los ochenta y cinco minutos de libertad que se le concedieran.

Yo sabía exactamente lo que haría durante aquellos ochenta y cinco minutos míos. El lector ha de saber que cuando se trabaja para personas que son los dueños de uno, uno no tiene la posibilidad de determinar lo que va a hacer; pero, hasta cierto punto, puede pensar con tiempo y en lo que quiere. Eso que le meten a uno en la cabeza tan sólo le controla. No cambia a la persona en sí. O, por lo menos, así lo creo. (¿Acaso podría saberlo si fuera de otro modo?)

Mis dueños nunca me mienten. Nunca. Incluso llego a pensar que ignoran lo que es mentir. Si acaso necesitara alguna prueba indicando que no son seres humanos, no tendría una, sino docenas. Aparte que yo sé que ellos viven a ochenta y seis millones de millas en el espacio, cerca de una estrella que yo ni siquiera alcanzo a ver. Es cierto que no me cuentan muchas cosas; pero también lo es que no mienten.

Son cosas que le hacen pensar a uno qué clase de seres son. No quiero referirme a la apariencia externa. Cierta vez eché un vistazo en una biblioteca, aprovechando dos horas de libertad que me habían otorgado. No recuerdo dónde fue. Tal vez en París, en la Bibliothèque Nationale; pero, de todos modos, no entendía el idioma en que estaba escrito el libro. Eso sí: vi las fotografías y los hologramas. Recuerdo

perfectamente la estampa física de mis dueños. ¡Jesús! Los altairianos parecen alguna rara especie de araña y los sirianos recuerdan un poco a los cangrejos. Pero la gente de la estrella Groombridge, ah, es algo muy distinto. Me sentí realmente mal cuando me enteré que había sido vendido a algo que se parece tanto a un grupo de gorgojos alojados en una herida abierta. Pero, pensándolo bien, están tan, tan lejos. Y al fin y al cabo todo cuanto debo hacer es recibir de ellos una de sus órdenes transmitidas por radio ultrarrápida y hacer lo que me ordenan. ¿Qué puede importarme el aspecto que puedan tener?

Pero, ¿qué clase de extraña criatura puede ser la que nunca dice nada que no sea objetivamente cierto, que nunca cambia de opinión, que nunca promete algo que no ha de cumplir? No son máquinas, lo sé, aunque no estoy tan seguro que ellos no piensen que yo soy una especie de máquina. ¿A usted no se le ocurriría mentir a una máquina, verdad? Ni se molestaría en hacerle promesas, ¿no? Tampoco le haría usted favores, y ellos no me hacen a mí ningún favor. A mí no me dan ochenta y cinco minutos de libertad porque me los haya ganado. De ninguna manera. Y tampoco me los dan porque he hecho algo que les agrada, o porque quieren ganarse mi buena voluntad para que les sirva mejor. Pensándolo bien, todo eso es pura tontería, porque, ¿qué podrían querer de mí? No es como si yo tuviese el poder de elegir. Nunca lo tengo. No necesitan pues mentir, amenazar, sobornar ni recompensar.

Sin embargo, por alguna razón, de vez en cuando me dan minutos, o también horas y hasta días de libertad completa y esta vez tenía ochenta y cinco minutos. Empecé a aprovecharlos de inmediato, como siempre hago. Me dirigí a los bajos del edificio donde vive Carolyn. El empleado de la recepción, que, como digo, no es el dueño, sino que trabaja a cambio de un salario y nos trata como si fuésemos basura, ya me conoce.

—¡Demonios, Wayne! —me dice con su estudiada simpatía y un dejo fingido de amistad que me inspiran ganas de matarle—. Llegas justo para no poder ver a tu damita. La vi... veamos, ¿el miércoles? Sí, creo que el miércoles. Pero ya no está aquí.

—¿Dónde está?

Tomó las tarjetas que estaban sobre su despacho y se tomó su tiempo, porque sabe que con eso me impacienta.

—No lo sé. Aquí no pone nada. Oye, ¿estaba ella con el grupo que fue a Pekín? ¿O no era ella?

No me detuve a asesinarle. Si su nombre no estaba en las tarjetas no podía hallarse a ochenta y cinco y minutos de allí (contando la ida y la vuelta).

Me dirigí al salón de caballeros, pero no me quedé en él. Pronto me expuse de nuevo al azotador viento de marzo de Chicago mientras pensaba cómo usaría los setenta y nueve minutos que me quedaban. Setenta y un minutos. Había una especie de restaurante mexicano por allí, a un par de manzanas más allá de Ohio, donde me conocían y no se interesaban en saber quién era. Tal vez la chapa de bronce que llevo en la cabeza no les molesta para nada, porque consideran que está muy bien eso que seres vivientes de otros planetas hagan cosas tan bellas en este mundo. O tal vez no se sientan molestos porque les doy buenas propinas. (¿Qué otra cosa puedo hacer con el dinero que me dan?) Asomé la cabeza, silbé en dirección a Terry, el barman, y le dije:

—Lo de siempre. En seguida volveré. Diez minutos.

Caminé hasta Michigan, compré una camisa limpia y me la puse, tirando la maloliente prenda que llevaba. Sesenta y seis minutos. En la tienda de la esquina adquirí un par de librillos pornográficos, que guardé en el bolsillo y un paquete de tabaco. Me incliné para dar un beso en la mano a la cajera, que era delgada, de buen color y olía bien. Dejándola muy asombrada, me volví al restaurante, entrando precisamente cuando Alicia, la camarera, estaba poniendo sobre mi mesa mi plato y las dos botellas de cerveza que suelo beber. Cincuenta y nueve minutos. Tomé asiento para gozar mejor de mi tiempo. Fumé y comí al mismo tiempo, alternando bebidas, pan y cigarrillos. Uno siempre anhela estos momentos cuando no es su propio patrón y ha de trabajar para otro. No quiero decir con eso que no nos permiten comer cuando estamos trabajando. Por cierto que nos lo permiten; pero no podemos elegir lo que vamos a comer ni dónde lo haremos. Pedí otro plato y más cerveza a Alicia y luego me trajo pastel de chocolate y un café americano que comí y bebí al mismo tiempo. Dieciocho minutos.

Si hubiese tenido un poquito más de tiempo me hubiese largado; pero no lo tenía, de modo que pagué, di propinas a todo el mundo y salí del restaurante para volver a mi casa. A la vuelta de la esquina, una mujer delgada que vestía abrigo de piel y pantalones estaba paseando su perrillo escocés. Me acerqué a ella diciéndole:

—Te daré cincuenta dólares por un beso.

Se volvió. Tenía sus buenos sesenta años pero no estaba mal, realmente, de modo que la besé, entregándole en seguida el pago convenido. Cero minutos. Iba a entrar en mi casa cuando oí la llamada en mi frente. Mis amos se apoderaron otra vez de mí.

Durante los siguientes siete días del mes de marzo, Wayne Golden visitó Karachi, Sniragar y Butte, en Montana, en viaje de negocios por cuenta de los groombridgianos. En total llevó a cabo treinta y dos tareas. Una vez terminadas, y de manera totalmente imprevisible, se le concedieron mil minutos de libertad.

Esta vez me encontraba en Pocatello, Indiana. Si no era Pocatello, se trataba de algún otro lugar parecido. Debía enviar un telex al empleado de la recepción de la casa de Carolyn en Chicago para saber dónde estaba. Como era de prever, se tomó su tiempo para darme su respuesta. Di unas vueltas por los alrededores mientras esperaba. Todo el mundo parecía hallarse muy alegre y sonreía mientras caminaba, paseando bajo la nieve que caía en finos copos. Me dirigían miradas joviales, como para demostrar que les tenía sin cuidado que yo fuese un comprado; detalle que no era difícil de averiguar, pues para eso tenía en mi frente el óvalo de metal dorado, mediante el cual mis dueños impartían las órdenes que debía cumplir. De pronto, el mensaje desde Chicago llegó por fin: «Lo siento, chico, pero Carolyn no está en mi lista. Si la encuentras puedes regañarla de mi parte.»

Bien. Muy bien. Tenía mucho dinero para gastar, de modo que me alojé en un buen hotel. El botones me trajo una botella de whisky y bastante hielo. Lo hizo con toda rapidez, porque sabía que no me gusta esperar y también que obtendría una buena propina. Cuando le pregunté por alguna chica no me pudo ofrecer nada que me gustase del todo. Le pedí algún trasero blanco, delgado y de formas bonitas. Eso es lo primero que me agradó cuando vi a Carolyn por primera vez. Es lo que más me gusta. La pequeña niña

que me compré en New Brunswick (¿cuál era su nombre?, Raquel, creo) sólo tenía nueve años, pero tenía un trasero tan bueno que usted ni se lo imagina.

Me duché y luego me puse ropa limpia. Mis dueños no suelen darme suficiente tiempo para cosas así. La mayor parte del tiempo, hay que ver lo mal que huelo. Muchas veces llegué a mojarme los pantalones porque no me permitieron ir al baño cuando tenía ganas. En una o dos ocasiones aguanté todo lo que pude pero al fin no pude evitarlo y... diablos, uno se siente asqueroso cuando le sucede algo así. Lo peor ocurrió cierta vez que debí asistir a un simposio en un lugar de Rusia llamado Amkadengorodok. El tema era el proceso de la explosión nuclear. Por cierto que yo no sé nada sobre todo ese asunto y tenía las ideas un poco flojas y confusas, porque pensaba que era una de las cuestiones que debíamos a la gente de las estrellas. Quiero decir que era esa gente la que había arreglado las cosas para que los diferentes países no se fueran a las manos usando armas nucleares y otras cosas por el estilo. Pero no se trataba de eso en la conferencia, sino de explosiones en el núcleo de la galaxia. Cuestiones astronómicas. Bueno. Cuando un tipo llamado Eysenck estaba hablando de la prominencia FG y de la prominencia EMK (que yo no sé, por supuesto, qué demonios son) y diciendo que ambas formaban parte en realidad de una esfera de pulso expansivo, me ensució los pantalones. Yo sabía, claro, lo que iba a pasar y ustedes pensarán que tendría que poner en antecedentes a mis amos sobre esas cosas. Pero no me escucharían. El hecho es que el encargado de las actas vino por el corredor hasta donde estaba yo y gritó en mi oído, como si mis dueños fuesen sordos o idiotas, que debían sacarme cuanto antes de allí por razones que tenían que ver con la higiene y el bienestar del resto de los participantes en la importante reunión. Pensé que mis dueños se enfadarían, puesto que aquello significaba que no se enterarían, si yo me marchaba, de lo que se trataba en el resto del simposio. Y resultaba claro que tenían interés en saberlo. En consecuencia, no iban a moverme de allí. Y no me movieron.

Cuando me vi limpio, con una camisa abierta en el cuello y zapatos cómodos, encendí el televisor, sirviéndome en seguida un vaso de whisky con bastante agua: no quería estar ebrio cuando llegase al final de mis mil minutos. En todos los canales se pasaba la misma emisión, que tenía carácter especial y con la cual se celebraba la concertación de un tratado entre los Estados Unidos y dos pueblos estelares: los sirianos y los capellanes, según creí entender. Todo el mundo parecía considerar aquello como un gran acontecimiento y mostrarse muy satisfecho, porque, al parecer, la Tierra acababa de comprar cierta información agrícola y química y, como resultado, pronto tendríamos a nuestra disposición más alimentos de los que necesitábamos. Cuánto debíamos a la gente de esas estrellas, decía el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas en un inglés con dejo brasileño. Ahora podríamos considerar como posible que la sabia dirección y guía de aquellos pueblos estelares permitiese la supervivencia de la Tierra. La crisis demográfica quedaría neutralizada y todos viviríamos muy felices.

Sin embargo yo no lo era, a pesar de mi vaso de whisky y la perspectiva que finalmente el botones me enviara alguna chica. Lo que yo realmente quería era ver a Carolyn.

Carolyn era una comprada, como yo, y sólo la había visto un par de docenas de veces. Pero en general, en esas ocasiones, ella, yo o ambos estábamos cumpliendo órdenes. Muy pocas habían sido las ocasiones de vernos cuando los dos nos encontrábamos en libertad. Era algo parecido a enamorarse por correspondencia, si se exceptúa el hecho que de tanto en tanto nos hallábamos cerca, tocándonos casi. Sólo una vez o dos logramos no ya tocarnos, sino hacerlo fuera de todo control. En cierta oportunidad,

estando ambos en Budapest, llegamos a contar con ocho minutos, de vuelta de una visita a la gran central hidroeléctrica. Hasta ahora, eso era todo y fuera de eso sólo nos pudimos cruzar fugazmente, acertando tan sólo a vernos, nada más, en el correr de nuestras tareas respectivas. En algunos casos, uno de nosotros estaba libre y encontraba al otro. Siendo así, el libre podía hablar y hasta tocar al otro, siempre, como es natural, que eso no resultara una interferencia en lo que el otro estaba haciendo. Quien estaba cumpliendo funciones no podía hacer ningún gesto activo, aunque pudiese oír y sentir emociones. De ahí que nos cuidásemos meticulosamente de no perturbar el trabajo que cada uno estaba haciendo. En realidad ignoro qué podría suceder de no actuar de ese modo. ¿Nada, tal vez? De todos modos, no queríamos correr riesgos, aunque a veces nos viésemos tentados de hacerlo y aun cuando la tentación se tornara casi irresistible. Cierta vez sucedió que yo estaba libre y encontré a Carolyn trabajando, pero no haciendo precisamente nada concreto de momento. Simplemente estaba de pie en la puerta cincuenta y uno de la TWA en el aeropuerto de Saint Louis, donde esperaba la llegada de alguien. Sentí deseos de besarla. Le hablé. Le hice una leve caricia, sabe usted, ocultando mi brazo bajo el abrigo con el objetivo que, si alguien acertara a pasar cerca, no advirtiese el gesto o, por lo menos, lo advirtiese apenas. Le dije cosas que quería que ella supiese; pero lo que en realidad deseaba era besarla y no tuve la osadía de hacerlo. Para besarla en los labios tendría que poner mi cabeza ante sus ojos y no creo que me atreviese a tanto porque un gesto así podría interpretarse como un deseo para que ella no pudiese ver bien si la persona que estaba esperando llegaba o no. Al fin y al cabo, para eso ella estaba allí: para esperar a determinada persona que resultó ser un oficial de la policía de Ghana, quien llegaba a Saint Louis para tratar sobre la venta de ciertos prisioneros políticos a los groombridgianos. Yo estaba aún allí cuando apareció en lo alto de la escalerilla; pero me era imposible quedarme para averiguar si, una vez concluidas las negociaciones, ella quedaría libre por cierto tiempo, porque mi propio tiempo se estaba agotando.

Pero se me habían dado tres horas aquella vez, que yo gasté quedándome junto a ella. Aunque fueron tres horas muy tristes y extrañas, no hubiese renunciado a ellas por nada del mundo. Sabía que ella podía oír y sentir todo, a pesar de no poder responder. Aun cuando los amos lo tengan a uno muy atareado, es posible preservar cierta pequeña parte de uno mismo que permanece viva y a esa parte intentaba yo hablar. Le decía los inmensos deseos de besarla que me invadían en aquel momento y las ganas que sentía de acostarme con ella y gozar del placer de estar juntos. Qué diablos. Llegué a decirle que la amaba y que me gustaría que nos casásemos, aunque los dos sabíamos perfectamente que aquello era imposible, que nunca tendríamos la menor oportunidad de lograr semejante cosa, ya que no éramos personas que se acogieran a un retiro o pensión. Eramos seres «comprados».

De todos modos permanecí junto a ella cuanto pude, aunque en definitiva me costó caro: los testículos me hacían daño y mis genitales estaban húmedos, cosas que no podía remediar de ninguna manera, ni masturbándome, hasta que tuviese otro lapso de libertad. Éste me llegó tres semanas más tarde, estando en Suiza, por el amor de Dios. Y fuera de la estación en que Suiza vale la pena. En el hotel no había casi nadie, con excepción de los camareros y los botones. Apenas un par de viejecitas que contemplaban el óvalo dorado de mi frente como si despidiese mal olor.

Amar sin esperanza es algo terrible, pero también algo que resulta digno de aprecio.

Sea como fuere, yo siempre me hice la ilusión que había esperanzas. Por pequeño que fuese mi tiempo de libertad, me las arreglaba para verla, aunque no siempre lo consiguiera, porque no saben ustedes cómo nos controlan a nosotros, las doscientas o trescientas mil personas que hemos sido compradas para trabajar para no sé qué diablos de cangrejos raros que no pueden vivir en la Tierra y nos usan como brazos

ejecutores de lo que desean hacer aquí. Carolyn y yo fuimos comprados por los mismos amos, lo cual tiene sus desventajas pero también sus virtudes. Por ejemplo, entre éstas está la posibilidad que algún día lleguemos a ser libres simultáneamente durante un buen espacio de tiempo. Podría suceder, aunque no sé cómo ni por qué. Tal vez un cambio en el planeta Groombridge o porque se tomen unas vacaciones. No lo sé. Pero de tanto en tanto acaso llegásemos a gozar de un día entero. De una semana, tal vez, si los de Groombridge resolvían no hacer nada. En ese caso, todos los comprados podríamos aprovechar de inmediato cierto lapso de libertad.

Entre las desventajas estaba el hecho que difícilmente nuestros dueños necesitarían a más de uno de nosotros en cada momento, en el mismo lugar. Con uno basta. De ahí que Carolyn y yo no nos encontráramos muchas veces. Por otra parte, cuando yo estaba libre, no era fácil llegar hasta donde se encontraba ella, porque eso lleva su tiempo, por no hablar del que requiere averiguar el paradero exacto antes de salir en busca de ella. En conjunto, sucedía muchas veces que localizarla, viajar, verla y volver requería más tiempo del que disponía. Tenía tantos deseos de hacer el amor con ella..., pero hasta ahora nunca nos habíamos acostado y tal vez nunca lo hiciéramos. Ni siquiera había podido preguntarle por qué la habían sentenciado. Puedo decir que en realidad no la conocía en absoluto; pero de una cosa estaba seguro: la amaba.

Cuando el botones reapareció —con la chica esta vez— yo estaba confortablemente instalado ante la televisión, con los pies sobre la mesa y viendo una película de vaqueros. Le eché un vistazo. No parecía una prostituta, en realidad. Llevaba pantalones de cintura baja, de esos que dejan afuera el ombligo y lucía unos pechos importantes, aunque eso no es lo que a mí más me atrae. Pero también contaba con maravillosas curvas al final de la espalda y bajo la cintura. Se llamaba Nikki. El botones tomó los billetes que le di y, guardándose cinco, hizo entrega del resto a la chica. En seguida desapareció, riendo. ¿Cuál sería la gracia? El muchacho sabía qué era yo: mi placa lo dice con suficiente claridad a cualquiera. Pero se diría que le causaba gracia.

—¿Quieres que me quite la ropa? —dijo ella.

Tenía una voz infantil y hablaba como si le faltase el aliento. Sus cabellos eran castaño rojizos y mostraba un rostro agradable y amistoso.

—Adelante —repuse.

Comenzó por quitarse las sandalias. Sus pies estaban muy limpios y dejaban ver las huellas donde la pequeña correa sujetaba en el empeine. Luego aflojó sus pantalones y los dejó caer colocándolos en seguida bien doblados en el respaldo de una silla vecina, del tipo de las sillas que distinguen a los hoteles de Conrad Hilton. También dobló y puso en orden su blusa en cuanto se la quitó. Sobre ella puso el medallón que llevaba al cuello. Cuando estuvo vestida tan sólo con dos pequeñas piezas de color rojo, fue hasta la cama, separó las sábanas y, metiéndose entre ellas, se sentó para quitarse el sostén, cuyos elásticos saltaron a un leve movimiento de su mano. No tardó en deslizarse dentro del lecho donde, con un rápido gesto, se deshizo de la prenda restante, que tiró con la punta del pie a un lado de la cama.

—Cuando quieras, cariño —dijo, mientras se cubría hasta los ojos con la sábana.

Pero yo no tenía ganas de acompañarla y no hice el amor con ella. Ni siquiera me cubrí con la sábana. Apuré un poco más el whisky y éste, sumado al cansancio que me dominaba, me dejó dormido.

Al despertarme, ya era de día. La chica no estaba. Antes de irse, eso sí, se había cuidado de vaciarme la billetera. Me quedaban setenta y un minutos. Me vestí y, al bajar, tuve que darles un cheque. A cambio me llevaron a mi casa. Todo cuanto había ganado con la aventura era ropa limpia y resaca. Ahora pienso que la chica debió asustarse de mí. Todo el mundo sabe por qué nosotros, los comprados, somos puestos en venta y acaso algunos teman que volvamos a las andadas. No saben que nuestros dueños han pensado en eso antes y que estamos programados para no hacer nada que pueda disgustarles. Los líos no les gustan, de modo que nada de nada. Hay que ver lo bien que nos comportamos.

Pero me hubiese gustado que no me robara el dinero.

La estrategia suprema y los objetivos perseguidos por los habitantes del espacio, en particular por aquellos que eran sus propietarios en la estrella Groombridge, resultaban sumamente oscuros para la persona comprada que llevaba el nombre de Wayne Golden. Sin embargo, lo que hacían no era difícil de comprender. Todo el mundo sabía que la gente de las estrellas había establecido rápido contacto con la de la Tierra y que, para llevar a cabo sus negocios en este planeta creyó conveniente comprar cuerpos de criminales convictos, colocando en ellos receptores de radio ultrarrápida de taquiones. Por qué hicieron tal cosa es algo difícil de comprender. Entendían en materia de objetos de arte y querían comprarlos, como compraron asimismo especies raras de plantas y flores, que sometieron a muy bajas temperaturas. Adquirieron ciertos objetos que les resultaron útiles, simplemente.

Una vez, cada cierto número de meses, un cohete era disparado en Merritt Island, desde una zona que está al norte de Cabo Kennedy, y dentro de él iba un cargamento, dirigido a la estrella Groombridge, con todo lo comprado. El viaje duraba doce mil años. Otros cargamentos salían hacia otros astros poblados por otras razas de la confraternidad galáctica y, naturalmente, tardaban en llegar más o menos que eso, según las distancias. Sin embargo, en ningún caso los que encargaban las mercancías podían llegar a verlas. Tales distancias eran, en todos los casos, demasiado grandes.

En lo que gastaban más y mejor su dinero era en cohetes y en personas a quienes se les trasplantaba los receptores de taquiones. Cada cohete costaba por lo menos diez millones de dólares. El precio de mercado para un hombre en buen estado de salud física (aunque fuese paranoico, cosa que no importaba) apto para desempeñar trabajos durante tres o más décadas estaba alto: no valía menos de varios centenares de miles de dólares. Y los compraban por docenas.

Otras cosas que compraban, como sinfonías grabadas en cinta, piezas chinas de las primeras dinastías y cuadros de Van Gogh, no llegaban a sumar el uno por ciento de lo que gastaban en la compra de personas y en transporte de cargas. Tenían, desde luego, muchísimo dinero para gastar, porque cada raza estelar vendía licencias de sus propios tipos de tecnología y cada una recibía también amplios créditos de parte de los terráneos, concedidos por los gobiernos de los distintos países de este planeta por sus servicios en materia de prevención de guerras y de solución pacífica de los conflictos internacionales. Sin embargo, pensaba Wayne Golden, especulando con las pocas luces que disponía para juzgar las acciones mediante las cuales sus dueños conducían sus asuntos, el que mandaba, o los que mandaban, estaban ciertamente

demasiado lejos para conducir bien las cosas. De todos modos, ni él ni nadie que, como él, fuera comprado, recibía órdenes de evacuar consultas. No contaban.

A fines de la primavera había estado permanentemente ocupado durante varias semanas, sin libertad alguna. En total había cumplido sesenta y ocho misiones, grandes y pequeñas. En ninguna de dichas misiones hubo nada de extraordinario, excepto en una, sucedida en París. Estaba observando un tumulto que se desarrollaba en la Place de la Concorde cierto día de mayo, situado en uno de los balcones de la embajada norteamericana donde estaba cumpliendo una tarea que le encargaran sus dueños, cuando de pronto entró en la habitación una muchacha llamada Carolyn. Le susurró algo al oído, trató —sin éxito— de masturbarlo cuando el agregado de la embajada estaba fuera del cuarto, permaneció allí durante unos cuarenta minutos y luego salió, llorando en silencio. Golden ni siquiera había podido contemplarla mientras se marchaba. El 6 de junio, el comprado Wayne Golden fue enviado a su alojamiento de Dallas, con libertad para hacer cuanto quisiese, la cual podía ser cancelada previo aviso de cincuenta minutos exactos.

¡Dios mío! ¡Nunca me había sucedido una cosa igual! ¡Fue como si el guardián de la prisión entrara en la celda del condenado a muerte llevando un indulto de último momento! Apenas podía creerlo.

De todos modos, me puse en acción al instante. Me acababa de llegar un informe que me daba cuenta del paradero exacto de Carolyn, de modo que salí disparado de Dallas en un avión de Panama Red rumbo a Colorado y me puse a beber champaña tan pronto como la azafata pudo traérmela.

Pero al llegar no encontré a Carolyn.

Recorrí las calles de Denver de arriba abajo, sólo para advertir que era inútil, porque se había marchado de allí. Pude saber por teléfono que había sido enviada a Rantoul, en Illinois, de modo que salí para allí de inmediato. Me detuve en la ciudad de Kansas, donde debía cambiar de aparato y llegué a Illinois sin pérdida de tiempo. Pero Carolyn tampoco estaba en Illinois. Alguien me dijo, aunque sin darme seguridad alguna, que era probable que se encontrara en el distrito de Nueva York. Salté a un avión, alquilé un auto en Newark y me dirigí por un camino con peaje a Garden State, observando cuidadosamente cada auto que veía para ver si hallaba al Volvo rojo que, según parece (aunque no era seguro), conducía. Me detenía en estaciones de servicio y otros lugares así con mucha frecuencia para indagar sobre una chica de cabello oscuro bastante corto, ojos marrones y nariz respingona. ¡Ah, claro, y un óvalo dorado en la frente!

Recuerdo que mi primer problema lo tuve en New Jersey. Allí comencé a bromear con una chica de diecinueve años que trabajaba como cajera en un cine de Paramus. La invité a salir una vez terminada la función de la una de la madrugada. Pero no era el tipo de mujer que a mí me gustaba. Demasiado vieja y muy frívola. No me gustó. Sin embargo, no deseaba que muriera.

Después de eso me sentí un poco atemorizado. Cada noche encendía el televisor a la hora de las noticias, a las seis y a las once, y nunca pasaba por un puesto de periódicos sin leer todos los titulares.

Y eso durante dos meses. Por fin me puse a reflexionar sobre lo que realmente quería, con todo cuidado. Quería chicas que fuesen muy jóvenes y, en lo posible, vírgenes.

En Perth Anthony frecuenté durante tres días un pequeño restaurante, observando las pequeñas que salían del colegio parroquial. Así encontré a la segunda. Me tomó mi tiempo. La primera que me gustó

volvía a su casa en el autobús de la escuela. La segunda, en cambio, iba a pie; pero su hermana mayor la acompañaba y no era, por cierto, una cría. Podía gritar o defenderse. La tercera volvía sola. Corría el mes de diciembre y los días eran cortos. Aquella tarde era ya casi de noche. Un viernes. Caminó y caminó, pero no rumbo a su casa. Nunca he perseguido a nadie sexualmente, sabe usted. Quiero decir que, en cierto modo, soy virgen o algo parecido. No es eso lo que quería, sino lo que siempre me ha interesado: verlas morir. Cuando me estaban instruyendo el sumario criminal, se me preguntó si conocía la diferencia entre el bien y el mal. Yo no sabía qué responder. Sabía que lo que había llevado a cabo era algo que, para ellos, estaba mal hecho; pero para mí no era así. Había hecho algo que necesitaba hacer.

Conduje mi coche por el Parkway, sintiéndome desalentado por no hallar a Carolyn. Consulté bien la carretera y tomé un atajo que llevaba a la ruta treinta y cinco. Entrando en ella, volví hacia atrás, dirigiéndome en dirección al colegio. Pasé delante de él y, siguiendo hasta el depósito de maderas, encontré el lugar donde asesiné a la niña. Detuve el motor del vehículo y miré a mi alrededor. Era un día raro. Las cosas parecían diferentes. A un costado podía verse una gran pila de tablas. Pensando fríamente, el día estaba lejos de ser hermoso: el cielo aparecía cubierto y los focos de los automóviles barrían a cada instante el lugar, que estaba sumiéndose en sombras. Bajo mis dedos podía sentir una rugosidad moviéndose y viva: la pequeña trataba de gritar. Veamos. Esto sucedió..., ¿hace cuánto? Sí. Nueve años.

Si yo no la hubiese asesinado, ahora tendría unos veinte años y se acostaría con medio mundo. Quizá fuese una drogadicta. Tal vez se sintiese cansada, agotada. Quizá se hubiese casado. Mirándolo bien, la había salvado de muchas cuestiones sórdidas y asquerosas, como eso de menstruar y de permitir que las manos y las bocas de los hombres la recorriesen. Todo eso...

Me empezó a doler la cabeza. Es algo que la placa dorada que le colocan a uno en la cabeza provoca a veces, cuando uno se pone a pensar detalladamente en lo que ha hecho en épocas pasadas. Llega a doler mucho, en realidad.

Puse el automóvil en marcha, lo lancé hacia adelante y, casi en seguida, la jaqueca desapareció.

Pero he de decir que yo nunca pensé en Carolyn en aquel sentido.

Nunca pudieron probarme la muerte de la pequeña. Si me agarraron fue por la enfermera del estacionamiento de Long Beach. Una mujer que no valía nada. Era delgada y llevaba un suéter sobre el uniforme. Me confundí. No supe hasta más tarde que era una mujer hecha y derecha, lo cual me enfureció. Tuvieron razón en apresarme; me estaba volviendo descuidado. Pero, realmente, la prisión de Marlboro donde me pusieron era odiosa. Y allí me pasé siete años, nada menos. ¡Jesús! Había que levantarse muy temprano y beber un líquido medicinal de color rosado en un vaso de papel; hacerse la cama, cumplir faenas. A mí me correspondía limpiar las letrinas y debía soportar los olores y el espectáculo aquel, que haría vomitar a cualquiera.

Después de cierto tiempo me permitieron ver la televisión y hasta leer algún periódico. Cuando los habitantes de Altair tomaron contacto por primera vez con los de la Tierra me sentí interesado y más aún cuando supe que empezaban a comprar lo que llamaban «pacientes de demencia criminal» para que fuesen sus brazos ejecutores aquí abajo. Quise que me compraran. Cualquier cosa antes de seguir en aquella

maldita prisión, aunque tuviese que meterme una pequeña caja en la cabeza y olvidar para siempre lo que es una vida normal.

Pero los de Altair no me compraron. No sé por qué causa sólo querían negros. Luego, otros astros siguieron la política de Altair comunicando por radio ultrarrápida sus pedidos de gente en venta. Pero tampoco ellos me quisieron. Los de Proción sólo querían mujeres jóvenes. Nunca compraron un solo hombre. Alguien me dijo que en esa estrella no hay más que un sexo. No sé bien cómo es el asunto; esos seres tienen sus peculiaridades en un sentido u otro y se explica, porque algunos son metálicos, otros tienen un caparazón, otros son como de gas o parecen burbujas. No es extraño que tengan costumbres y exigencias raras. Por ejemplo, el comprado por la gente de Canopus no puede comer pescado.

Yo los encuentro repulsivos y no entiendo por qué los Estados Unidos tuvieron que meterse a hacer tratos con ellos. Sin embargo, fue nuestro país quien se interesó primero. Es que, como los rusos se disponían a negociar y también los chinos, supongo que nosotros no podíamos permanecer fuera. En general no es que las cosas hayan ido tan mal, cuando se piensa con más calma: se han acabado las guerras y en infinidad de terrenos nos han ayudado con eficacia. En cuanto a mí, no me ha ido mal. Sin duda. Los de Groombridge aparecieron tarde en el mercado de la compra de gente, de modo que casi todos los criminales con buena salud ya estaban vendidos. Siendo así, tenían que comprar lo que había y me compraron a mí.

Conduje a todo lo largo del camino de la costa, pasando por Asbury Park, Atlantic City, hasta llegar a Cape May. Desde allí volví a llamar por teléfono al edificio donde vivía Carolyn; pero no había modo de localizarla.

De todas maneras, lo cierto es que probablemente sólo estaba persiguiendo la cáscara de ella, puesto que de seguro estaba trabajando. Pero, aun así, podría besarla y tocarla. Eso me bastaría. Quería encontrarla. Además, tal vez no estuviese trabajando o tal vez la dejaran en libertad por unas horas. Como yo estaba en libertad por tiempo indefinido, era preciso probar suerte. ¿Cuántas veces le dan a uno libertad indefinida? Si conseguía llegar hasta donde estaba, podría quedarme a su lado y tarde o temprano acaso a ella también le diesen licencia. Aunque sólo fuesen dos horas... Aunque sólo fuesen treinta minutos.

Y de pronto, precisamente cuando estaba haciendo averiguaciones en un motel cerca de la base militar donde las chicas se alineaban detrás de una mesa esperando el toque de diana para ver a sus amigos, recibí el aviso: presentarme en la residencia de Filadelfia lo antes posible.

Estaba muerto de sueño, pero me las arreglé para llevar el cacharro de Hertz a la velocidad de un Maseratti. La obligación es la obligación. Estacioné el auto y firmé la constancia de llegada en la recepción. El pecho me dolía, me saltaba el corazón y tenía la boca reseca. Estaba enfadado, además, porque acababa de perder la gran oportunidad de ver a Carolyn y estar junto a ella.

—¿Qué quieren? —pregunté al recepcionista.

—Entre —repuso. Su rostro reflejaba un regocijo malsano.

Todos los recepcionistas nos tratan igual, en cualquier parte del mundo.

—Ella misma le dirá lo que quiere.

Yo no sabía qué significaba aquel «ella». Abrí la puerta, atravesé el umbral y allí estaba Carolyn.

—Hola, Wayne —me dijo.

—Hola, Carolyn —dije yo.

No tenía la más remota idea de cómo debía actuar ni qué debía decir. Ella no me dio ninguna pista. Estaba sentada apaciblemente. Entonces, repuesto un poco de mi sorpresa, pude advertir que no llevaba mucha ropa encima. Sólo una bata. Y muy corta. Su asiento era una de esas camas que se transforman en sillones.

Ustedes pensarán que, ante semejante panorama y teniendo en cuenta lo que yo sentía por Carolyn y los anhelos que había debido soportar, aquello debía ser aceptado al instante como un regalo de los dioses —regalo muy personal y delicado— que venía a representar algo así como el sueño dorado de todo norteamericano. Pero se equivocan. No es porque estuviese fatigado. La razón estaba en Carolyn; en la expresión de su rostro, que no parecía invitarme a nada. Ni siquiera mostraba una actitud vagamente enamorada. Era la de una chica que sirve habitualmente de camarera en un bar y que está acostumbrada a las actitudes que no la comprometen a nada.

—Suced, Wayne —dijo—, que lo natural es que nos metamos en la cama. ¿Por qué no te desnudas?

A veces soy capaz de salirme de mí mismo y de mirarme como si fuese alguien de afuera. Por terrible o por triste que sea la situación en que me halle, encuentro que mi reacción tiene siempre algo de cómico. Así ocurrió cuando asesiné a la pequeña en Edison Township. En realidad sonreía cuando le repuse:

—Carolyn, ¿qué sucede?

—Es simple: quieren que hagamos el amor, Wayne. Ya sabes quiénes: los habitantes de Groombridge. Tienen especial interés en saber cómo hacen las cosas los seres humanos y hemos de hacerlas para que ellos lo sepan.

Iba a preguntarle por qué teníamos que ser nosotros los que lleváramos a efecto la demostración; pero no tuve que hacer ninguna pregunta. Comprendí que tanto Carolyn como yo teníamos desde tiempo atrás aquella idea en la cabeza, con lo cual sin duda nuestros dueños vieron despertadas sus curiosidades. No puedo decir que el juego me gustara, para hablar con exactitud. Es más: en cierto modo me pareció odioso. Sin embargo era mejor que nada, así que dije:

—¡Bueno, cariño; estupendo!

Casi sentía lo que estaba diciendo. Me dirigí hacia donde estaba y me dispuse a tomarla entre mis brazos. Pero en aquel momento ella me advirtió:

—No. Hay que esperar, Wayne. Quieren hacerlo ellos.

—¿Qué quieres decir con eso de esperar? ¿Esperar qué?

Sentí que por su cuerpo corría un escalofrío.

—¿Significa esto que hemos de esperar a ser conectados a ellos para que sientan a través de nuestros cuerpos?

Se recostó contra mí.

—Así me lo han dicho, Wayne. En cualquier momento sucederá, supongo.

La empujé un poco.

—Cariño —le dije casi llorando—. Hace mucho tiempo que estaba deseando... ¡Jesús, Carolyn! Entiéndeme bien: no es que sólo pensara en acostarme contigo...

—Lo siento —repuso ella. Podía ver lágrimas en sus ojos.

—¡Esto es repugnante! —grité. La cabeza me ardía. Estaba realmente furioso—. Esto no es jugar limpio y no estoy dispuesto a tolerarlo. ¡No tienen derecho, ningún derecho!

Pero sí que lo tenían. Todo el derecho del mundo. Nos habían comprado, entregado el precio convenido y en consecuencia éramos de ellos. Yo lo sabía; pero no quise aceptarlo, aun sabiendo cómo eran las cosas, porque la idea de hacer aquello, lejos de significar placer para mí, era algo que hubiese dado cualquier cosa por no hacer, ya que significaba, ni más ni menos, que ellos la acariciarían con mis manos, la besarían con mi boca, la inundarían con mi semen. Era la peor clase de violación. Algo peor no podía concebirse y estoy seguro que lo que había hecho antes era menos canallesco que esto. Ambos íbamos a ser violados en seguida. Sin embargo...

Sin embargo sentí el golpear caliente en la plancha dorada. Mi libertad quedaba cancelada sin aviso. Ni siquiera llegué a gritar. Me quedé en mi lugar, pasivo, puesto que ni siquiera era dueño de un músculo de mi cuerpo, mientras aquellos tipos que eran mis dueños usaron mi cuerpo para hacer a Carolyn toda suerte de cosas. Ni siquiera pude llorar.

Al concluir la serie de experimentos previstos, todos los cuales fueron debidamente registrados, la comprada conocida con el nombre de Carolyn Schëmer ya no era utilizable. Se hicieron los registros del caso en los archivos y el departamento para rehabilitados del reformatorio de mujeres de Meadville fue notificado que dicha persona había fallecido. Se iniciaron los trámites para comprar otra en su lugar.

El comprado conocido como Wayne Golden fue enviado a sus misiones habituales, las que cumplió con normalidad, siempre bajo control. Pero se observó que al ser dejado en libertad mostraba signos de agresividad y afán destructor, tanto con el prójimo como consigo mismo. La hipótesis que gozó de más favor consistía en explicar que la conducta sexual que dicha persona estableciera como norma propia (es decir, la destrucción de su copartícipe en el acto sexual) podría no ser la más apropiada en la etapa experimental que se estaba estudiando. En espera de una ocasión más propicia, Wayne Golden continúa funcionando con eficiencia normal; pero el control ya no se le interrumpe nunca. Según parece, así continuarán las cosas indefinidamente.

FIN